

las obras para volar las fortificaciones y el puente de Belascoain; pero el enemigo se corría por la orilla del río, tentando continuamente repararlo, y Leon tuvo que seguir sus movimientos para tenerle á raya. Sin tropa con que emprender simultáneamente otras operaciones, rompiéndose el fuego todos los días y empeñándose muchas veces el combate, sostuvo por muchos meses la línea del Arga sin desaprovechar una ocasion de batir al enemigo, sin hacerse un momento hácia atrás en su presencia; pero su posición se hacía insostenible: allí no había gloria, ni había más que contrariedades; el Virey le suscitaba obstáculo sobre obstáculo, y Leon dejó el mando de la division de Navarra. Entónces se le nombró Comandante general de la caballería del ejército: pero en Navarra debían pagar bien cara su ausencia. Apenas había llegado á su nuevo destino, recibe del General Espartero noticia de la derrota que el Virey acababa de sufrir en Legarda, y órden de marchar al momento á repararla. Á poco estaba Leon en Tafalla, á donde las tropas se habían retirado con su General herido; é infundiendo valor en aquellos soldados que acababan de sufrir una derrota, los redujo de nuevo al combate y obligó al enemigo á reparar el Ebro. Esto sucedía en Setiembre, y Leon quedó de Virey de Navarra.

Muy pronto volvió á resonar el nombre del nuevo Virey unido á otros dos triunfos, uno de los cuales dió celebridad á los campos de Sesma, y el otro confirmó la nombradía del pueblo de Belascoain. Al tiempo mismo que se entablaban las negociaciones del convenio que los dos ejércitos sellaron despues con el abrazo de Vergara, el General Maroto reorganizaba el ejército carlista, y no parecía sino que se iba á comunicar nueva actividad al

fuego de la guerra. Leon se encontró en Sesma con su caballería; y fué en mal hora para el General carlista, porque quedó derrotado en dos horas. No entraremos en pormenores. Los campos de Sesma se cubrieron de hombres y caballos, y se hicieron prisioneros cerca de dos escuadrones. Entretanto la faccion navarra había vuelto á apoderarse de Belascoain; Leon la atacó, halló resistencia, y ganó el Condado de aquel título, dando á sus soldados atónitos el espectáculo de verle penetrar á caballo por una tronera. Lo de Sesma sucedía en Diciembre de 1838, lo de Belascoain en Mayo de 1839. En el intervalo había tomado á viva sangre el pueblo de los Arcos y hecho un reconocimiento sobre el Ega, y luego hasta Setiembre no dió las acciones de Arroniz, de Berrueza, de Allo y Dicastillo, de Cirauqui y del Puerto de Velate. Hecha, en fin, la paz, y dispuesta la fuga para D. Carlos, Leon fué acosando hasta la montaña al puñado de combatientes que entró con su Rey en la tierra extranjera.

Aquí empieza el General á presentárenos con un carácter político de que su posición más bien que su conducta le revestía; porque había llegado el tiempo en que cumplir con ciertos deberes fuese pertenecer ó inclinarse á un partido. El General Espartero no veía con buenos ojos que Leon repartiese con él el entusiasmo del ejército y de los pueblos. Al paso de los dos por Zaragoza, y concurriendo los dos al teatro, el público obligó á Leon á mostrársele de pié en su palco, victoreándole con infinitas aclamaciones. Esto no podía evitarlo Espartero; pero podía evitar que Leon conservase una posición independiente en el Vireinato de Navarra, y halagándole en la apariencia, le dió el mando de la division

de la Guardia. El interés político, la idea de remover obstáculos para los planes que meditaba, influía sin duda en los sentimientos de Espartero respecto de su joven y brillante rival. Este, por su parte, había clamado mucho contra la pereza de Espartero en la guerra; y cuando vió los escándalos de esta pereza, después del convenio de Vergara, entonces ya hizo gala de su oposicion al cuartel general, y hasta ofendió alguna vez al brigadier Linaje. Á él no se le ocultaba tampoco que había allí una gran conspiracion, y la rechazaba con toda la fuerza de su carácter; quería que el General en Jefe fuese el General del Gobierno, y Espartero era el General de la revolucion.

Dos circunstancias, una militar y otra política, acabaron de poner de manifiesto las disposiciones respectivas de ambos Generales. Establecido el cuartel general en Acuavera, y después de haber hecho al frente de su escolta algunos prisioneros al partidario Bosque en la plaza misma del pueblo de Calanda, Leon, comandante de la vanguardia, estuvo catorce dias en Bordon enteramente separado del cuerpo del ejército, y sin más que dos puñados diarios de harina para cada soldado. Pedía víveres, y aunque el cuartel general estaba provisto de ellos, el modo de remediar aquella escasez fué mandarle que se retirase sobre Acuavera. Este movimiento atrasaba la guerra y envalentonaba á los carlistas, los cuales se presentaron inmediatamente á hostigar la retaguardia, costando el rechazarlos un dia entero de durísimo combate en Peñacortada. Leon tomó muy á pecho la inconveniencia de semejante retirada; pero su irritacion creció de punto con una extraña noticia que acabó de iluminarle sobre los designios del cuartel general. Al dia siguiente

de aquella accion, marchaba sobre Ginebrosa y había desalojado á los enemigos de este punto, cuando supo de aquel documento en que el secretario del Duque de la Victoria condenaba en nombre de su jefe al Ministerio Perez de Castro. Era el manifiesto del Mas de las Matas una prenda soltada por el Duque al partido revolucionario; era un acta formal de alianza entre el poder militar y la revolucion; pero fuélelo ó no, á Leon le bastaba saber que los Generales estaban para batir al enemigo y no para batir al Gobierno, y desaprobó altamente el proceder del Duque en el proceder de su secretario. Marchó, pues, al cuartel general, se le dijo hipócritamente que se le aguardaba para consultarle sobre el asunto, y habiéndosele leído el manifiesto en presencia del General en Jefe, del brigadier Linaje y de algunos jefes del ejército, oyóse allí de su lábio cuanto bastara para disuadir de su propósito á gente ménos empeñada en su fin que el autor y los editores de aquel documento. El silencio fué la respuesta de aquellos Generales mudos á sus razones; el silencio fué la respuesta del brigadier Linaje á sus ágras palabras. El comunicado del Duque y de su secretario se publicó en los diarios de la oposicion revolucionaria. León pidió una licencia que sólo le fué concedida ante la amenaza de su dimision, y se vino á Madrid.

La Reina Gobernadora recibió á Leon con muestras de singularísimo aprecio. Al besar el General la Real mano, aquella Señora, que buscaba caballeros para defender el Trono de su hija, presentiría tristemente en su corazón cuál era y dónde estaba su mejor caballero. Aquel viaje era objeto de mil sospechas en el cuartel general, como de mil comentarios en toda la Península, y

fuerza es confesar que la posición de Leon era demasiado importante para que no se clavasen muchos ojos en donde él fijase su planta.

Excusado sería hacer aquí la historia de la influencia fatal que el General en Jefe venía ejerciendo desde bien atrás en el Gobierno. Por su mano se habían hecho y deshecho Ministerios; por su mano y por odio suyo á dos Ministros, no doblegables á sus mandatos, había caído el Ministerio del Conde de Ofalia; por su mano y por orden suya, para tender los lazos de una usurpacion desde la cumbre misma del Gobierno, había formado el General Alaix el primero de aquellos dos Ministerios cuyo Jefe real fué el maleable Sr. Arrazóla; por su mano, por descaradas exigencias y demostraciones suyas, se veía ahora en aprieto el Ministerio presidido por el Sr. Castro, en el cual más bien que por el Sr. Arrazóla, estaba representado el partido conservador por los señores Calderon Collantes y Montes de Oca. Natural era que á estos dos Ministros, el último de los cuales había de rivalizar más tarde con el General Leon en el honor de una muerte gloriosa, les pasase entónces por la idea la destitucion del General en Jefe; semejante medida se había tratado de tomar en época anterior por anterior Ministerio; y lo que es más tarde, cuando la cuestion de la faja para Linaje la hubo hecho necesaria para el decoro personal de los Ministros, sábese que Montes de Oca se ofreció á presentarse en el cuartel general con la orden de la destitucion, y á hacerla cumplir ó perecer en la demanda.

Ello es que el General Leon se presentó en Madrid á tiempo que el comunicado del Mas de las Matas había hecho ya tan indispensable una resolucion vigorosa res-

pecto al General en Jefe, que el no arrestarse á tomarla había dañado no poco á la consideracion del Gobierno. Así lo creían una porcion de individuos del partido conservador, que, ó por ilusion de fuerza, ó por resolucion de ánimo, querían arrostrar una tentativa de cambio en el mando del ejército; y como el General Leon era uno de los dos Generales—el otro era el General O'Donnell—sobre quienes podía recaer la nueva eleccion de General en Jefe, de aquí los rumores más ó menos acreditados que se divulgaron á la sazón sobre tan grave asunto. Dijose efectivamente que el Ministerio, decidido por fin á no consentir que estuviese en el cuartel general el Gobierno de la Monarquía, había ofrecido á Leon el mando en Jefe, y dijose tambien que Leon, cuya índole generosa comenzaban realmente á contrariar las miserias de la política, no sólo había renunciado, sinó mostrado deséo de abandonar el servicio. Si hubiera sido verdad, esta sería la culpa que hallaríamos en la vida de Leon. La aceptacion del mando no era ya entónces la gloria, era un gran compromiso, era un gran deber, era una gran responsabilidad, era un servicio eminente á la Pátria, y al Trono, y á la Constitucion del Estado. ¿Pero se le propuso realmente? Segun informe de personas que bebían en las fuentes del Gobierno, se pensó seriamente en ello, pero no llegó á decirsele. Si se le hubiera dicho, es probable que su primera respuesta hubiese sido la que se le supuso; pero como el Gobierno hubiese insistido, como el Gobierno se lo hubiese mandado, él hubiera corrido al cuartel general á desempeñar su encargo. Leon tenía la conciencia del deber; Leon no desobedecía sinó cuando la orden de hacer alto le sorprendía con el sable desenvainado sobre el enemigo. ¿Habría sido el temor el que le detu-

viase? Leon no conocía el temor. ¿Habría sido su quebrantada amistad con el General en Jefe? Leon había hecho su ídolo de las dos Reinas que se sentaban en el Trono de España.

El General en Jefe, que no tenía un momento de quietud con la presencia de Leon en Madrid, le había estado escribiendo durante dos meses, que volviese á reunirse con él. Leon había resistido á las instancias de Espartero, pero no pudo resistir á las de la Reina Cristina. Reconocida esta Señora á sus grandes servicios, le brindó con la faja de Teniente General: él, que había conquistado todos sus ascensos en el campo de batalla, respondió entre palabras de agradecimiento, que en breve la conquistaría; é insistiendo la Reina en que no partiese sin una prenda del favor soberano, le nombró su Gentil-hombre.

El 11 de Marzo de 1840 se reunió Leon al cuartel general, y al dia siguiente hacia con su division un reconocimiento sobre Castellote. El dia 22, primero del sitio de la villa, entró en ella solo con su escolta, y metió su baston por una aspillera, desde donde le apuntaba un faccioso. Él fué quien obligó á la guarnicion á retirarse al fuerte, quien colocó la artillería, quien dirigió el ataque hasta la capitulacion de la plaza, cumpliendo á la Reina su empeño de ganar la faja de teniente General, cuyo grado recibió del General en Jefe allí mismo. En la marcha sobre Morella, mandó la vanguardia y escarmementó al enemigo en Ceroleza. Á los dos dias, el 9 de Abril, la guarnicion de Peñarroya abandonaba la plaza al asomar la cabeza de nuestras columnas; y Leon, que se había adelantado con sus edecanes y ordenanzas á hacer el reconocimiento, se lanzó osadamente sobre ella. El grito de ¡Leon! ¡Leon! resonó entre los carlistas, y la mayor

parte de ellos se entregaron. La sorpresa de Beceite por Zubano se hizo tambien bajo sus órdenes.

Sitiada por fin Morella, y mientras llegaba aquella numerosa artillería que recordaba los grandes trenes del siglo, Leon fué destinado con la Guardia á apoderarse de Mora de Ebro. La toma de esta plaza importaba tanto más, cuanto que era el punto de comunicacion entre las facciones de Aragón y de Cataluña; así fué que Cabrera, temeroso de que se le cortase la retirada, acudió allá con todas sus fuerzas. La marcha exigía precaucion extraordinaria, ya por ser aquel un país donde nuestras armas no penetraban años hacia, ya porque los carlistas podían elegir lugar y tiempo para caer improvisamente sobre las tropas, y dispersarlas por el país. La precision y la rapidez de los movimientos de Leon llenó de asombro al enemigo, que despues de oponer una denodada, pero vana resistencia en Gandesa, corrió en desórden hasta Mora de Ebro. Aquí no aguardó el Jefe carlista al General de la Reina, sinó que evacuó precipitadamente el Aragón para renacer en Cataluña, y Leon entró en Mora de Ebro á los gritos del coro de Cabrera, que decía: ¡Viva Cárlos V! La órden de desocupacion de Mora fué una cosa semejante á la de la retirada de Bordon. Por aquella plaza pasaron despues los fugitivos de Morella para Cataluña. Leon salió de ella volando el fuerte, y se replegó sobre Morella, desalojando con mucho fuego á la faccion de las alturas de Valdelladre.

Acometida, por fin, Morella, se reprodujeron las escenas sangrientas del otro sitio, tan fatal para nuestras armas. Temiendo Leon que la guarnicion se escapase, se acercó á la plaza; y la misma noche que tomó posicion cerca de los muros, hicieron los sitiados una salida. Car-

gados vigorosamente por Leon, retrocedieron en desorden hácia la plaza; pero se hundió el puente levadizo, que estaba roto de una bala de cañon, y los fugitivos, así los que ya habían ganado el puente, como los que venían acosados por la espalda, cayeron ó se arrojaron en los fosos. Fué aquella una escena desoladora. Hombres, mujeres, niños, bestias, equipajes, todo caía, porque los habitantes comprometidos habían tratado de salvarse con la guarnicion. En medio de este horrible tumulto, los de dentro hacían fuego, los nuestros pasaban á cuchillo, y el General estaba al pié mismo de las murallas. Cesó la sangre, pasó la noche, y á la mañana siguiente capituló aquella plaza, baluarte de la insurreccion aragonesa.

No quedaba ya más accion notable que la de Berga. Leon, siempre al frente de la vanguardia, había començado el ataque, cuando el General en Jefe mandó otra division á arrancarle la gloria de dar el postrer golpe de la guerra; pero Leon despreció la orden, y poniéndose á la cabeza de la columna, tomó al arma blanca y á paso de ataque los veinticuatro reductos de la plaza. Todos cuantos estaban á su lado cayeron heridos ó muertos; su caballo recibió cuatro balazos en la cabeza, y con aquel eran veintiuno los que había tenido que desmontar en el campo de batalla. Á los cuatro días arrojó á la faccion del fuerte de Santa María de Helaxs, su último refugio, y así cumplió su palabra, empeñada largo tiempo había con el ejército, de dar la última lanzada de la guerra civil. Severo en el mando, brillante en la peléa, gozando en la flor de la edad toda la popularidad del entusiasmo, el mejor General para ser el apoyo de un Gobierno, ¿quién dijera que aquel guerrero invulnerable no tenía ya más porvenir que la muerte?

La toma de Berga había sido la señal de la revolucion de Setiembre. Berga hubiera tardado más en tomarse, si todo no hubiera estado á punto para el alzamiento. Sabida es la historia del viaje de la Reina Gobernadora con sus Hijas, de su entrevista en Lérida con su caballero el General en Jefe, de su atribulada estancia y de las coacciones que la oprimieron en Barcelona. Leon fué el único que ahorró algun sinsabor á la Reina durante aquel humillante paséo. En Lérida iban ya unas compañías de Luchana, de la guardia real de Espartero, á relevar á la Guardia Real en la custodia de las Augustas Personas. Un oficial corrió á dar aviso á Leon, y Leon, puesto á la cabeza de la guardia entrante, mandó á los de Luchana desalojar el puesto, y fué obedecido. Ocupado luego en limpiar á Cataluña de los rezagos de las bandas carlistas, contempló tristemente desde Manresa las primeras nubes de la tormenta que retumbó bien pronto por toda España; pero mandaba á la sazón trece batallones, sin contar la caballería, y el General en Jefe era bastante advertido para no dejar en sus manos tanta fuerza. Ni Leon la soltó hasta que dió aviso y recibió contestacion de la Reina.

Entónces sí; entónces acudió á Barcelona, á donde se le había llamado, sin nombrarle sucesor, por no herir su susceptibilidad ó avivar su sospecha, y entónces tuvo la gloria de oír del General en Jefe brindar en un banquete por el Murat español. Pero Murat no veía á Napoleon; y ¡oh! ¡cuán terribles no debieron ser aquellos dias para un hombre como él! Amaba lo que hoy no se sabe si llamar con la palabra libertad, y hallaba en su lugar una revolucion sin grandeza; había contribuido, como ninguno, á la gloria del ejército, y lo veía ladearse hácia un General que caminaba á la usurpacion. Y para colmo de des-

gracia, aquel General, cuya sangre juvenil estaba hirviendo en sus venas, estaba condenado á devorar sus generosos instintos en la inaccion y en la expectativa, como si desde entónces pesase sobre su cabeza la predestinacion de las grandes víctimas.

El Gobierno, trasladado con la Reina á Valencia, veía encima de sí el levantamiento. No era ya ocasion de impedirlo. Pero todavía quedaban deberes que cumplir en aquel trance. Madrid era el núcleo principal de la insurreccion, y Leon fué nombrado Capitan General de Castilla la Nueva. En Febrero, cuando el partido revolucionario, creyéndose obligado á hacer tambien su manifiesto del Mas de las Matas, envió una turba de miserables á insultar á los Diputados conservadores en el seno de la Representacion nacional, se había tratado de colocarle en aquel puesto, y aunque más tarde se volvió á pensar en ello, el General en Jefe había pretextado la necesidad que había de él en el ejército. Ahora el General en Jefe no mostró la más mínima oposicion, sinó reservó el nombramiento, hasta que tuvo avisos secretos de haberse verificado el pronunciamiento de la capital. "Temo, le dijo Leon al recibir la Real orden, que mis principios militares me obliguen á rechazar con la fuerza cualquier tentativa revolucionaria." "En ese caso, le respondió Espartero, deja V. tendidos dos mil cadáveres en las calles de Madrid." Estas fueron las propias palabras del General en Jefe, el cual, aún hizo á Leon otro encargo cuando se dieron el abrazo de despedida. Encargóle decir en nombre suyo á la Reina, "que la suplicaba de rodillas que no prestase oídos á sus consejeros, y que él, el General en Jefe, permanecería fiel á su causa."

Habiéndose puesto en camino, y estando ya cerca de

Lérida, supo Leon, por un corréo de Gabinete, los acontecimientos de la capital; supo que un corréo anterior había llevado la noticia al General en Jefe; supo, en fin, que no se le había dejado partir sinó cuando era imposible que se encargase del mando. Antes había pensado rodear por Valencia; entónces marchó en derechura á Madrid; aunque inútil, era su deber, y quería cumplirlo.

Llegado á puestas de noche á un lugar distante tres leguas de Zaragoza, determinó descansar en él hasta por la mañana; pero notó á poco que un hombre á caballo salía de la casa y tomaba á galope el camino de Zaragoza; y habiendo hecho algunas preguntas sobre el caso, las respuestas que se le dieron no fueron, en manera alguna, para tranquilizarle. Ignoraba aún, y no parece sinó que había empeño en ocultarle que Zaragoza había seguido el ejemplo de Madrid. Estaba, pues, embebido en los tristes pensamientos de su situacion, cuando acercándosele la hija del patron, que le preparaba la cama, "No vaya el General á Zaragoza, — le dijo; — vuélvase al instante." Leon mandó poner inmediatamente el carruaje. El patron, hombre, al parecer, decente, tuvo bastante osadía para suplicarle, bajo un pretexto, que le llevase consigo á la ciudad. Aquel miserable creía, y tal vez no se engañaba, que le iba á resultar grande honor ó gran recompensa de la captura del General. Leon le respondió afablemente y le hizo sentarse á su lado en el coche; pero en el acto de partir, su criado sacó una pistola é intimó al postillon la orden de volver el tiro. El aragonés se quedó frio; Leon mandó abrir la portezuela y le despidió. Entrado en el camino, lucieron unos fogonazos en la oscuridad, y las balas silbaron en derredor. Al asomar el dia, se divisaron siete hombres montados, que venían co-

mo á cortar el camino. Afortunadamente vino por allí un destacamento de caballería, y escoltó al General hasta Fraga.

Habiendo tenido que volverse desde Fraga, y vagando por aquellos pueblos, envió pliegos al cuartel general pidiendo instrucciones. La respuesta fué que la Reina le había nombrado para su destino, y que de ella debía recibirlas. Habíanse reunido ya algunos edecanes, y entretanto que él mismo pasaba á Valencia ó tomaba otro partido, envió á uno de ellos á recibir órdenes, cualesquiera que fuesen, de la Reina. Su division de la Guardia, fiel toda ella al Gobierno, y parte de la cual había salido de Madrid cuando el pronunciamiento, se hallaba en Tarancon, á las órdenes del General Aldama: mandósele, pues, que volviese á ponerse á su cabeza, y marchó inmediatamente á aquel pueblo. Mas no por eso cambiaba su actitud resignada y pasiva: la principal de sus instrucciones era no hostilizar á la revolucion, y así fué como, cruzados los brazos y envainado el sable, vió pasar al Duque de la Victoria de Barcelona á Madrid, y de Madrid á Valencia, sin alargar siquiera la mano para detenerle en su ambicioso camino.

El drama, aquel drama que tenía el fondo del crimen bajo la forma del ridículo, se acercaba á su desenlace. El Duque, nombrado Presidente del Consejo de Ministros, había ido á redactar su programa en el seno del Ayuntamiento de Madrid: este programa fué presentado á la Reina en Valencia; era la adjuncion de Co-regentes, y la Reina abdicó. Vióse entónces á aquella Señora descender noblemente del Trono, desde el cual había conjurado durante siete años las tempestades de la guerra civil, y el General que más se había señalado entre sus defensores,

estuvo condenado á contemplar, en una triste inaccion, la mayor catástrofe por que en España ha pasado la Monarquía.

¿Qué dirá la História de la conducta del General Leon en la revolucion de Setiembre? La Historia no dirá nada que anuble la limpia fama de este personaje. ¿Debió, se preguntará, mantenerse en el círculo de sus ordinarios deberes militares, cuando era necesario salvar ese círculo para alcanzar con su brazo y con su espada á un Trono que demandaba apoyo y defensa? Nosotros creemos que, cualesquiera que sean los principios políticos, si nó en las inspiraciones de aquella moralidad que se siente más que se razona en las grandes crisis de las elevadas posiciones públicas, creemos que, por muy ciegamente que se profesen el principio de la obediencia militar y de la obediencia política, en los hombres levantados á cierta altura y arrebatados desde ella por el torbellino de las revoluciones, puede haber deberes más altos y más sagrados que cumplir, que los deberes escritos en los Códigos comunes. Esto creemos nosotros, que nunca escribiremos la palabra insurreccion junto á la palabra derecho, porque, atendiendo á la realidad, atendemos tambien á la moralidad de la Historia.

Pero ¿cuál era la posicion del General Leon en 1840? ¿Debió obrar por sí, sin reflexion, sin ayuda y sin consejo de nadie; mirar solamente una legitimidad herida y una Reina calumniada, y cerrar los ojos á todas las demás consideraciones, á todos los demás peligros de una situacion como aquella? El no haber entrado con su division de la Guardia en Barcelona y fusilado á los jefes de la revolucion; el no haberse apoderado del Ministerio del pronunciamiento en Tarancon; el no haberse precipitado tras

él en Valencia, y tentado acabar de un golpe con la hidra revolucionaria; el no haber hecho nada por impedir ó vengar la abdicacion ó el destierro de la Reina; hé aquí el capítulo de culpas descargado sobre la altiva cabeza del General Leon. Pero estas no son culpas sinó en la opinion de los hombres vulgares de partido.

El General Leon,—tal se dijo entónces y tal se ha confirmado despues,—se ofreció en Barcelona á hacer un gran escarmiento en los principales revolucionarios. Disuadido de su propósito, todavía cupo en su ánimo caballeresco la idéa de un duelo con el General en Jefe. Luego que tuvo noticia del levantamiento, envió á decir á la Reina que allí estaba él, y que podía disponer de su division; se le respondió que se quería ahorrar el derramamiento de sangre, y no era él quien había de tomar sobre sí el derramarla. Semejante responsabilidad no era para él; en tiempos de revolucion, hasta los Gobiernos son tímidos en aceptarla; sólo cargan con ella los revolucionarios. ¡Y todavía se echa en cara al General Leon el no haber hecho lo que el éxito hubiera calificado tal vez de una calaverada militar y de un error político!

No; una triste y severa inmovilidad era el aire que mejor cuadraba á la fisonomía de Leon en aquellas circunstancias: si la Reina le hubiera mandado morir, hubiera muerto; no solamente no se lo mandaron, sinó se lo prohibieron; él obedeció, y aquella obediencia le sublimó. Vuélvase la vista á Valencia, y allí se hallará otro General que hizo lo mismo. Uno y otro han mostrado ántes y despues que ni el temor ni la flaqueza acallaron nunca el latido de sus corazones; y si fuese necesario otro género de razones para justificar su conducta, se hallarian en una verdad que no se ha querido reconocer ó confesar todavía.

El ejército español era entónces revolucionario, como lo han sido todos los ejércitos del mundo, cuando á la indisciplina de la guerra han reunido la indisciplina de las idéas revolucionarias. O'Donnell mismo, uno de los Generales más respetados del ejército, no contaba con la fidelidad de su division. Leon, el General más querido de los oficiales y de los soldados, era el único á quien habría seguido la suya en la empresa de derribar el levantamiento. Y suponiendo que el General la hubiese intentado, el espectáculo que se ofrecía á sus ojos era una lucha á brazo partido de una parte del ejército con otra parte del ejército y con toda la revolucion organizada; una lucha de que tal vez hubieran surgido mayores catástrofes para las Reinas, para el Trono, para la España. Comprometer el Trono por salvar la Regencia, hé aquí lo que no hizo la Reina Cristina, y lo que se ha querido que hiciese el General Leon. No juzguemos, pues, á este hombre con el estrecho criterio de una pasión política; no le abrumemos bajo el peso de una responsabilidad de que no se hubiera librado sinó aceptando tremendas responsabilidades. En cualquier caso, aquella responsabilidad no sería tampoco suya, sería del Gobierno; pero en Setiembre de 1840 no había ya responsabilidad para nadie sinó para los revolucionarios. La responsabilidad de los que entónces cayeron vencidos, no nacía allí, venía de más atrás. Esa responsabilidad pesará eternamente sobre quien á tiempo no intentó,—¡ni intentarlo siquiera!—cortar los vuelos al General que, por la senda de la revolucion, se encaminaba al asiento de la dictadura.

El General Espartero escribió desde Valencia al General Leon, aconsejándole en términos propios de la an-



tigua amistad de entrambos, que hiciese dimision del mando de Castilla la Nueva. Leon acompañó su dimision con una solicitud de licencia para Francia. Espartero se la remitió con otra carta, en que le aconsejaba aguardar á mejor tiempo para usar de ella; pero Leon partió inmediatamente para la frontera.

Aquel viaje fué para él una completa satisfaccion de su orgullo. Los oficiales de las legiones extranjeras, que le habían visto tantas veces en el campo, habían hablado de él con entusiasmo; y mientras los legitimistas del Norte personificaban en Cabrera el valor de los ejércitos carlistas, los franceses y los ingleses personificaban en Leon el valor de los ejércitos de la Reina. Estos dos hombres eran efectivamente dos tipos. El General carlista pertenecía á esa raza de guerrilleros, que coge en el árbol genealógico de España desde los rechazadores de las antiguas conquistas hasta los modernos defensores de nuestra independencia; desde Viriato hasta Mina. El General de la Reina pertenecía á aquella generosa raza europea de los guerreros de la Edad media y de los caballeros de la Monarquía; de los Duguesclin y de los Bayardos, de los Cides y de los Guzmanes; raza que no se ha encerrado, como la otra, en la corteza de nuestro carácter, á la sombra de nuestras montañas. Permítasenos este paralelo entre el célebre guerrillero y el brillante guerrero de la última guerra. Ambos han sido grandes en su línea; ambos halagaban la idea, singularmente romántica, que tienen los extranjeros, de los hombres y de las cosas de España. Pero en Leon todo contribuía á realizar la ilusion que de él se formaba al oír los fabulosos prodigios de su lanza. Alto y gallardo de cuerpo, con la cabeza en actitud de natural altivez, reuniendo en su rostro la her-

mosura y la fuerza del tipo gótico, á la ligereza y la gracia del tipo arábigo, había efectivamente en su continente y en sus modales algo de épico y de aristocrático, que le hubiera hecho más propio para una hueste de barones feudales, que para un ejército de soldados revolucionarios. Los que le vieron con su capa blanca, con su plumero blanco de húsar y con su lanza en la mano, al frente de sus escuadrones de caballería, pueden decir que han visto realizada la imagen que se forma en la fantasía, de los antiguos Maestres de las órdenes militares. Los pueblos de Francia por donde pasó, no ocultaron su admiracion cuando le vieron; las autoridades le agasajaron; en Burdeos pasó revista á las tropas de aquella division militar; y habiendo determinado no llegar á París por razones de política, se volvió á Madrid, y reposó en el seno de su familia.

Estamos tocando á la parte más dolorosa de esta biografía. La revolucion se ha consumado; las Córtes se han reunido; el Duque de la Victoria es Regente único; y sin embargo, los poderes revolucionarios tiemblan en la cumbre de su omnipotencia. ¿Porqué tiemblan? ¿Será porque, apenas plegadas las banderas y desencasquetados los gorros frigos, que formaban una sola hermandad en los matices de Barcelona, conozcan su incompatibilidad en el poder y se dispongan á arrebatarse uno á otro la parte de despojos que le ha cabido en el saqueo de la Monarquía? Este vicio de todas las revoluciones, más patente en nuestra revolucion que en otra alguna, se había declarado con síntomas inequívocos en la cuestion de la Regencia única; pero en la época de que hablamos, al año del alzamiento de Setiembre, era otro el mal que agravaba la situacion política; mal de tal calidad, que por

su causa aparecieron todavía una vez aquellos partidos á los ojos de España en union tan estrecha, como el dia de su triunfo comun en Valencia.

Este mal consistía en el descontento del ejército. Aunque revolucionario en 1840, el ejército no había abrigado grandes entusiasmos en favor de la revolucion. Todos los entusiasmos de nuestra época, comenzando á contar por el de los tribunos, han sido entusiasmos postizos, y el ejército no estaba obligado á ser un club innumerable de Dantonos. Además, los ejércitos no conciben las revoluciones como los partidos revolucionarios; lo que en los tribunos puede ser una idea, en los ejércitos no puede ser más que pasiones: en España no había pasiones para el ejército, y el ejército se desmoronaba en una sorda anarquía. No hay que hacerse tampoco ilusion sobre las disposiciones del ejército en 1841: no hay que suponerle gran decision por la causa contraria al Gobierno. Acostumbrado al bullicio de los campamentos; minado por las sociedades secretas, de que sus Jefes eran agentes y cabezas en 1840, había hecho la revolucion por lo mismo que había hecho ántes la guerra; porque la revolucion ofrecía pábulo á su actividad, y alimento á su ambicion. Caido en la inaccion al dia siguiente de la revolucion de Setiembre, olvidado por el poder militar en el fondo de sus cuarteles en 1841, era materia dispuesta para todo género de conspiraciones, porque cualquier conspiracion se le presentaba como un nuevo medio de botin, ó como un nuevo camino de dominacion. ¿Qué le había de dar el partido revolucionario? ¿las suertes de tierra que le había prometido en 1837? ¿Que le había de dar el poder militar? ¿conquistas como la que el General Van-Halen, más grande y más afortunado que Napoleon, hizo en el

rapto báquico de un banquete político, yendo á acampar, con su imaginacion poblada de batallones, bajo las murallas de la capital de Rusia? Una conspiracion afortunada, una insurreccion triunfante podía dar al ejército lo que ni la revolucion ni el poder militar podían ya darle. Sólo faltaba quien aprovechase semejantes elementos de revuelta; sólo faltaba quien se atreviese á ponerlos en accion, arrojándose á las consecuencias de un grande azar. El azar se corrió; los dados sonaron sobre el parche de los tambores, y los de uno y otro bando se agruparon á saber cual era la suerte. La fortuna había sido favorable al General Espartero, y algunos grados más entre los vencedores, y algunas cabezas ménos entre los vencidos, hé aquí cuál fué el resultado de la insurreccion militar de 1841.

Parece á primera vista que el descontento del ejército, léjos de servir de rémora á la oposicion del partido revolucionario, debía ser, en sus manos, un arma terrible contra la Regencia; pero si se considera que los filos de esta arma, hiriesen donde hiriesen, tenían que cortar las venas de la revolucion misma, se concebirá el instinto del partido revolucionario en reprimir su ira contra un poder que, absorviéndole, le protegía. El partido revolucionario no quería, pues, no podía, conspirar contra el poder militar: no quería, porque su defensa contra aquella usurpacion era la recién inaugurada legalidad parlamentaria; no podía, porque los Generales, porque los hombres influyentes en el ejército, que ántes habían coadyuvado á la revolucion, eran ahora los amigos, más ó ménos fieles, del poder militar; pero de ninguna manera los Generales de la revolucion. Fuera de estos, ¿qué Generales había? Los únicos, es verdad, los únicos dignos de este nombre,